

REVISTA LITERARIA



No.8 - Enero 2021

5 poemas de amor y lucha

Poemas de Lucía Ramos
Soto

Página 3

El acabóse

Cuento de Ernestino

Página 8

Alrededor de la piscina

Fragmento de Novelita de
Nathalie HC

Página 11

La Soledad

Soledad
la que amé tanto
abracé adoré
la recibí con fervor y
la despedí con rabia
Aquella soledad
está en un cajón
encerrada con llave
algún día sé
que va a venir a buscarme
que nos vamos a encontrar
como viejas amantes
y un día será
porque la soledad no desiste
está ahí
esperando.

Mentiras como estrellas

Mentiras como estrellas en el cielo
la danza contra reloj de nuestras risas
cigarros caen en la cama
mentiras dulces
un veneno de amor
una canción desesperada
dos o tres promesas
hacen un nido en el olvido
Violines que resuenan
más mentiras
en forma de caricias
de aquél amante viejo
y sus cartas perfumadas
con noches de insomnia por la espera
poemas campanantes
los versos se golpean entre bocas
mientras la cera de una única luz
se va derritiendo lentamente
ausente la conversación de aquellos
grillos chismosos
Las sábanas blancas
llenas de mentiras
de lágrimas, soledad de los adiós
y una carta perfumada.

El no querer

No quiero
No quiero hijos
no quiero casarme
no quiero estar
con nadie
más que conmigo
no quiero
ser de nadie
más que de mí
misma
no quiero sentarme
de piernas cruzadas
esperando por alguien
que me sirva
por alguien que
haga marchar
mi soledad
no quiero cocinar no quiero
lavar los platos
no quiero
no

Mi poesía política

Mi poesía es política
es el estruendor de Santiago
es La Habana en llamas de furia
o aquella mujer de pechos
abiertos como un arco triunfal
flameando una bandera manchada
de azul, blanco y sangre;
el carmesí de los mártires
que regará las rosas blancas
que correrá por gargantas ardientes
Y mis palabras
son Dios, testigo y partícipe
de su propia rebelión
son los cuchillos que rasguñan
estas paredes arrogantes
que acorralan nuestra libertad
de amar
de sentir
de ser
que la despedazan
Lo nuestro
es una revolución
un relámpago;
una última lágrima negra
en la oscuridad
y mi poesía
es un grito expulsado por el pecho
estrujando el órgano escondido
detrás de un escudo óseo
Mi poesía es política
Es vivir.

Las mujeres

Mujeres
cubiertas por un manto
de sororidad hecho de lágrimas cansadas
resistentes
llenas de fuego en el vientre
insumisas
como un volcán ardiente

Mujeres
maltratadas
sin fé
sin cuerpo y ahora sin alma
obligadas a callarse
rápidamente se van
cortando los tallos de la vida

Mujeres
muertas
violadas [en sangre]
despojadas de su propio ser
ahorcadas con sus propias venas
y hechas mártires
de sus propias palabras
pero

pero siempre
siempre

El acabóse

Ernestino

Cada jornada, en mi media hora, salgo a recorrer las calles de los alrededores de mi empleo, y casi siempre termino en LibroHogar. Librohogar es mi librería favorita, de cabecera. No sólo por su cercanía con la oficina, su amplitud, su abundancia de títulos, sino también por su ambiente. Hay un aire limpio, fresco, desestresante. Y juntado con el olor a libro nuevo, recién salido de imprenta, y la propia belleza de los ejemplares, su pulcritud, su orden, generan en mí un combo que opera mejor que el analgésico más efectivo, y me sumerge por un rato en otra dimensión. Una dimensión amena, apacible, salubre.

Entré al local, como escapando de algo, y uno de los empleados, que como todos los demás ya me conoce, me saludó con un movimiento de cabeza, y no se acercó a indagarme, pues ya sabe por experiencia que sólo voy a mirar, a hojear, a leer fragmentos (algunos repetidos) de los libros que se me figuran como “la cima de la literatura”. Sólo algunas veces, cuando el presupuesto me lo permite, hago alguna compra, para gran sorpresa de los empleados, que consideran que, la librería vacía o conmigo dentro, es casi la misma cosa. No obstante, debo admitir que estas exclusivas compras pueden, a causa de mi falta de tiempo real, juntar polvo en mi pequeña biblioteca, por lo que es más lo que leo en LibroHogar, de a puchos, fluctuando indiscriminadamente, que en casa, sentado en paz.

A pesar de mi recurrencia, no pueden dejar de atraerme las mismas vitrinas, y supongo que los empleados también detectan esto. Siempre ando revoloteando las secciones de

Dostoyevski, Dickens, Austen, Woolf, Hemingway. Cada tanto me paseo por los rincones dedicados a Maupassant, Proust, Bronte u otro por el estilo. Y como cosa estavagante, o de absoluta excepción a la regla, visito la estantería exclusiva de literatura nacional.

Camino, como un turista en un museo extranjero, miro de arriba a abajo la pila de libros; tomo cada tanto algún clásico, o algún volumen de renombre, y lo mantengo un instante entre mis manos, admirado, aunque también reprochándome no haberlo leído aún. Lo hojeo, leyendo fragmentos arbitrarios, más por hacer algo, que por querer buscar siquiera una mínima unidad de sentido. Luego lo dejo con cuidado en su lugar, y contemplo con solemnidad el lomo, por unos segundos.

En esta ocasión jugueteaba con “Los Miserables” de Victor Hugo- imponente libraco que sobrepasa las mil páginas – cuando me acordé que una amiga me había recomendado a un muy talentoso cuentista actual, de apellido Williams, o Winston, no recordé bien. Y dejando la obra magna del francés, me dirigí hacia las vitrinas del fondo, hasta donde casi nunca llegaba.

Noté que al final del salón, en vez de otra pared forrada de libros, había una habitación en la que nunca había reparado. Tenía grandes y limpísimos vidrios negros, que de uno acercarse muy cerca, permitía mirar al interior; y dos puertas también con cristales de este estilo, en uno de los cuales había un letrero con adhesivos rojos que decía: “Privado”

En principio no me interesé mucho por esta ignorada habitación, y comencé a hurgar en la sección de la “W”, buscando el susodicho autor. Pero de pronto sentí una exclamación, casi podría decirse un grito, proveniente de allí. Seguí en mis asuntos, pero agucé el oído.

A los segundos, una voz de señor mayor, exclamó:

-¡Cállese!

Alguien replicó algo, tímidamente, con una voz casi inaudible, pero el viejo volvió a cortarlo con estrépito:

-¡Esto ya se fue de las manos! ¡Es el colmo! ¡El colmo!

Hipnotizado con la secuencia, tomé un libro al azar, para disimular, y me acerqué lo más que pude a los cristales. Alcancé a vislumbrar, tras los vidrios, una oficina. En el centro de la misma había un escritorio de madera, tras el cual estaba sentado un hombre de camisa celeste. Tenía aureolas de sudor en ambos sobacos. Su cara era de profunda preocupación. En tanto, y a grandes zancadas, se paseaba de un lado a otro un viejo entrajado, gordo y mofletudo, de pelo enteramente blanco, y rudas facciones. Se encontraba visiblemente airado.

-¡Cuarenta años! - gritaba- ¡Cuarenta años en el negocio, para esto!

-Pero señor... -lo intentaba calmar el otro.

-¡Qué!... ¡Qué me vas a decir, ratón de escritorio! ¡¿Vos me vas a dar alguna garantía?!

-No, pero señor...

-¡¿Vas a solucionarme algo, ahí sentado?! ¡No sabés que estoy hasta acá de deudas!

-Señor...

-¡Cállese! ¡No! ¡Esto es un desastre! ¡Es el acabóse! ¡Hasta acá llego! ¡El local se vende! ¡Me escuchó! ¡Ante la primera oferta, LibroHogar se vende!

De golpe se dirigió a la puerta, y yo me apresuré a abrir el libro que sostenía, y fingir que leía. El viejo salió iracundo, dio un portazo, y ni siquiera se percató de mi presencia. Se fue rumiando, intensamente agitado, hacia la salida del local.

Miré a uno de los empleados, y me ensayó una sonrisa despreocupada.

Alrededor de la piscina es una novelita que empezó a publicarse en Isla #7 y seguirá en futuros números de la revista. Aún así, este fragmento ha sido seleccionado para por sí solo tenga cierta coherencia e interés :)

[–Mirá... te prometo que no te voy a decir más halagos hasta que volvamos a ser amigos.

–¿Y eso?

–Es la condición que pongo. Cuando volvamos a ser amigos ya no te va a molestar. O- o lo vemos, lo hablamos en ese momento. ¿Te parece?

–Perdón, señor, ¿usted va a tomar algo?]

–Coca Cola, por favor. Disculpa la demora.

–Genial, ninguna molestia –el chico va hacia la heladera visiblemente molesto.

–Pobre. Somos unos atorrantes. Dejarlo ahí parado...

–Está bien, les viene bien descansar un poco.

–Cuando yo era bartender prefería descansar de otra manera. No parada al lado de dos clientes que se gritan.

–Mayor razón para que no gritemos. ¿Qué me vas a decir?

-Que cedo a tu condición, por ahora. Y que la Coca Cola no me parece para nada una bebida nefasta que pueda hacerte quedar más panzón. Si seguís tomando gaseosas vas a estar todavía más espléndido.

-¡Gracias, Sí! Qué amable. ¿Te puedo decir amable?

-Nadie nunca ha coqueteado diciéndole amable a la otra persona. Así que, sí, podés.

-Brindaría por nuestro acuerdo, pero tardamos mucho en pedir las bebidas.

Salen al patio del hotel con las bebidas en mano. El pasto, las luces y la humedad son tan prolijas que parecen de mentira, pero igualmente les resulta agradable estar ahí.

-La noche es lo mejor de este clima

Y ahora sí, brindan. Silvia ya mencionó que tiene que localizar el evento de karaoke en el que está su hija. A Gerardo aún no le cierra mucho esa idea, pero por no empezar otra discusión elige no decir nada. Igualmente, ella se da cuenta de que el otro la cuestiona.

-Es solo para mirar cómo está, desde lejos. No tiene por qué darse cuenta de que estoy ahí.

-¿No tenés hambre todavía?

-Sí, sí. Esto es al lado del lugar de comida mexicana. Si te gusta, nos quedamos ahí.

-Che, y ¿decís que nos dirán algo si nos sentamos a comer en el pasto?

-Supongo que sí... pero podemos probar.

Él sonríe. Le encanta la idea de comer algo al ras del suelo con ella, y echarse a mirar las estrellas después. Le enternece que ella esté dispuesta a intentarlo aunque no vayan a pasar ni dos minutos antes de que un guardia les pida, con extremada cordialidad, que se ubiquen en alguna de las mesas provistas para dicha finalidad por los servicios de restaurante. Se acuerda de todas las veces que miraron cielos juntos –esas veces aparecen todas empastadas, en un único recuerdo de colores saturados –y otra vez le dan ganas de decirle algo lindo. Como no puede, la abraza, y Silvia lo abraza también.

* * *

-Así que esto sería el karaoke –la entrada parece más la puerta de un boliche que otra cosa. No se ve hacia el interior. Hay personal de seguridad, y gente inquieta haciendo fila -. Te digo que no me gusta nada...

-Tranquila, Sil, seguro es un ambiente re familiar.

-Pero esos chicos son grandes, Gera. ¿Será que no los van a dejar entrar? Mirá aquella mujer, debe de tener casi sesenta años.

-¿Cuál? ¿Ella? ¡Es Noelia!

Noelia se da vuelta al escuchar su nombre. Se queda mirando un rato a Gerardo como esperando comunicarse por telepatía. Luego mira hacia otra parte, mira sus uñas, su celular, disimulando mal que algo acaba de pasar.

–Vení, Sil, vamos. –Gerardo la agarra de la mano y se acercan a la tal Noelia. Es una veterana baja y rellenita. Tiene un look rockero que, con canas y todo, no le queda enteramente mal.

–Mirá que es grande el hotel, Gerardo.

–Casualidad, Noli, ¿qué pasó?

–Se me canceló el plan. Un bajón. ¿Vos sos Silvia?

–Sí –una incomodidad repentina hace que Silvia suelte la mano de manera brusca

Noelia la saluda con un beso. Uno real, no un roce de cachetes.

–¿Qué tal, querida? Perdón, eh.

–¿Perdón por qué?

–Ay, sí, tenés razón, linda. –le palmea el brazo y le guiña el ojo como si ambas supieran de qué están hablando –Cosas que pasan –toma el cordón de la fila, pasa hacia afuera, y lo deja levantado invitándolos a entrar –. Les dejo mi lugar en la fila, por lo menos. Si no, no van a entrar hasta mañana.

Gerardo se apura a entrar, pero Silvia todavía no entiende nada.

–Chiqui, si te vas así, te van a ocupar el lugar. Nosotros ni siquiera sabemos si vamos a entrar todavía.

-Ahhh, bueno. -Noelia vuelve a pasar por debajo del cordón y Silvia queda sola, separada de ellos por el cordón rojo.

-Pero... -Silvia tiene muchas preguntas en mente, así que elige una -¿este evento no es para menores de veintitrés?

-¿Veintitrés qué? ¿Años? Pff... ya me hubieran mandado al cuerno. No creo, bella, metete a la fila, dale, cualquier cosa ya se van a enterar. -y otra vez Noelia amaga a irse. Gerardo la toma del hombro con suavidad, y ella responde a ese contacto de manera automática.

-Pero... -Silvia intenta hacer contacto visual con Gerardo -¿por qué se tiene que ir?

-Es verdad, -él baja la vista hasta la altura de la petisa -nosotros ni siquiera estamos acá. Queremos entrar un segundo, chequear una cosa y nos vamos. Quedate.

-¿Seguro?

-Sí, chiqui, no pasa nada. Dale, Sil que no está mirando ningún patovica. -Gerardo vuelve a levantar el cordón, y Silvia se decide a pasar.

Apretada en la fila y como puede, ella le presta más atención a las facciones de la mujer, hasta que cree reconocerla, debajo del maquillaje exagerado.

-¿Usted es la pareja de Gerardo?

-Síp -sonríe como si le hubieran descubierto una travesura.

Silvia no sabe qué hacer ni qué decir. Casi que ni le importa que se haya cortado la atmósfera de merengue que estaban batiendo, tan a gusto, hasta hace unos minutos. Solamente la incomoda estar entrando a un pub por iniciativa de una vieja friki.

-¿Pero qué pasó con tus planes, Noli? ¿Algo malo?

-Relativamente. Vendieron demasiadas entradas y parece que el transporte era incluido hasta cierto tope de personas. Y obviamente, cuando yo llegué a la puerta del hotel ya no cabía más nadie en la van. Podría haber ido en taxi pero me salía más caro el viaje que la entrada, ¿podés creer? Esperé a ver si aparecía algún otro buenasnoches para compartir el viaje... ¡nadie! Y dije, bueno, seguro en el hotel hay algo más o menos copado, con música. ¿Cómo iba a saber yo que se te iba a ocurrir venir al karaoke, amor? Sin ofender, Silvia, querida, si es lo que les gusta... ¡a mí también! ¡yo me prendo a un cable pelado! Hoy, nomás, iba a ir a ver una banda tributo a Guns n' Roses. Seguramente iba a ser un desastre, pero a mí me da igual. La cosa es divertirse. ¿A vos te gusta cantar?

-No.

* * *

-Supongo que podríamos separarnos para buscarla... -Silvia observa el interior del local, que no es enorme, pero está atestado de gente.

-¡En plan Scooby Doo! ¡Me encanta! ¿Les puedo ayudar? -al principio, la efusividad y verbosidad de Noelia le habían hecho pensar a Silvia que se encontraba frente a una pendevieja

insoponible del mal. Pero durante los 20 minutos de convivencia en la fila, se había dado cuenta de que probablemente esas eran solo consecuencias de estar drogada, así que sus juicios se suavizaron.

-Silvia, me parece que no es necesario, ¿por qué no la llamas y le preguntás si está bien?

-Gerardo, ¡sos un aburrido! ¿cómo te va a llamar tu madre para ver si estás bien? Yo no atendería. Silvia, vos misma, ¿te atenderías el teléfono?

-Pero, chicas, peor es ver a tu madre buscándote en una fiesta. Discúlpame pero no me parece.

-¿Y quién sos vos para decir que no te parece, Gerardo?

-Exactamente. Gerardo, ¿quién sos? ¿Quién te conoce, Gerardo? ¿De dónde saliste? -Noelia parece dispuesta a crear muchas más variaciones de esa misma pregunta, pero se tiente. Hasta el mismo Gerardo se empieza a reír.

-Es un minuto. Si no la encuentro en un minuto, nos vamos a otra parte y la llamo.

-Yo te ayudo, querida, así el minuto vale por dos. -dice Noelia, agitando dos dedos frente a su cara -Y si la encuentro yo es mejor porque a mí no me conoce. Es un plan perfecto -podría ser friki, pendevieja, y también insoponible, pero seguramente no era mala. -eso sí, tenés que describirme muy bien cómo es. Con estas luces no se ve un pomo. ¿Tiene puesto algo llamativo?

-Tiene una silla de ruedas.

-Ah, bueno. Vamos. Empieza a correr el minuto.

* * *

“En el cine, ma”

¿Será un mensaje real? ¿O uno de esos que salen automáticamente cuando cortás una llamada entrante? Una sola vez sonó el tono del teléfono e inmediatamente se cortó.

Por supuesto que no es un mensaje automático. ¿Y si fuera un secuestrador? No escribiría así. O no pondría esa excusa. A menos que la tuviera amenazada y obligara a la propia Eugenia a elaborar un mensaje de distracción que no levantara sospechas.

“En el cine, ma”

No hay ningún código secreto, ninguna señal oculta de que su hija esté en problemas y necesite ayuda.

-¿Y, atendió? -pregunta Noelia, cuando Silvia se acerca a la mesa que consiguieron en el entrepiso del local.

-¿Hay cine acá en el hotel?

-Y, hay de todo. ¿Por?

-No me atendió y mandó un mensaje que dice “en el cine”.

-Entonces, ya está Sil, si ella misma te escribió, no hay de qué preocuparse.

-Pero ella dijo que iba a estar en el karaoke.

-Bueno, a lo mejor vio que estaba lleno de gente grande y prefirió irse a otro lado.

-Sí. Puede ser. No creo que a Euge le guste un lugar así. -Silvia se apoya en las barandas y mira hacia abajo. Las parejas bailan temas de su época, apretujadas y sudorosas.

-Pero cambiá esa cara, bella. Ya sabés que ella está bien.

-Dale, Sil, sentate con nosotros -recién se da cuenta de que Gerardo y Noelia están sentados muy juntos, y con las manos tomadas encima de la mesa -. Ya pedimos algo, estamos muertos de hambre.

-No... no se preocupen. Me pido algo para comer en la habitación así estoy ahí cuando Eugenia vuelva. Acá ni siquiera escucho bien el teléfono y tal vez ella me llama. -Se imagina a sí misma en su habitación, devorando una pizza directamente de la caja, con los ojos fijos en el celular, constantemente al borde de encender otro cigarrillo y fumarlo en la ventana con el amenazante detector de humo a sus espaldas...

-¡Pero pedimos para los tres! Decime que sos veggie. ¿No? Bueno, no importa, seguro te va a gustar. Dale, tu hijita va a demorar un rato. Comemos y nos vamos, te lo prometo.

Silvia se sienta, y Noli festeja con un grito. Gerardo le sonríe a Sil, y le guiña un ojo. Es un mensaje extraño más cómplice que galante, más cariñoso que divertido, y la tranquiliza. De seguro ella está mucho mejor en esa mesa que en su cuarto de hotel.

* * *

Eugenia duerme sobre el cubrecama, en diagonal y abrazada a una almohada. Silvia entra a la habitación sin encender la luz y la despierta con una caricia.

-Hijita, ¿vas a dormir así?

-¿Qué?

-¿Por qué no te cambiás? Y te sacamos el maquillaje.

-Estoy bien mamá. Tengo sueño.

-Bueno, me alegro de que estés bien. -le da un beso en la frente y se aleja. Cuando Silvia toca el interruptor del baño, el cambio de luces despabila a Euge.

-¡Pará, mamá! Contame, ¿saliste con el tal Gerardo? -Silvia se queda en el umbral de la puerta. No sabe qué contestar pero dice lo primero que se le ocurre para evitar un silencio incriminatorio.

-Algo así.

-¿Cómo que “algo así”? ¿Tan rápido?

-Pero no, Euge, nada que ver.

-No te estoy juzgando. Para nada. Pero pensé que no era de tu estilo.

-No pasó nada... sexual -siente que se le seca la garganta al decir esa palabra. *Soy una vieja pacata.* -fue una salida de amigos. Gracias por enviarme el número de habitación.

-Mhh no me queda claro, mami.

–Hijita si alguien tiene que dar explicaciones acá, sos vos. Pero ahora quiero que descansemos. Hasta mañana. –cierra la puerta del baño con algo de fuerza innecesaria. No es el portazo impertinente que pegó Eugenia hace unas horas, pero sí uno que pone punto final a la conversación. Se siente satisfecha de sí misma por haber ejercido autoridad de una manera pacífica y por no haber hecho un drama a partir de eso de “estoy en el cine”.

–Vas a ver que cuando llegues está ahí –le había dicho Gerardo estrechándole un poco más los hombros. Caminaban juntos hacia el hotel, abrazados.

–Sí, seguro que sí, bella –le dijo Noli, que caminaba un poco más adelante. Tenía la voz ronca después de haber “cantado” tres canciones en la tarima, e incontables más sentada a la mesa. Se dio vuelta para mirarlos y caminó en reversa unos cuantos pasos mientras le decía -. Y, si te puedo decir algo, con todo respeto, no la atosigues mucho con eso de que te mintió... cuando te dijo que estaba en el... ¿cómo es esto?

–En el karaoke.

–Eso. Capaz no te mintió. Puede ser una confusión. Hablen mañana cuando estén tranquilitas.

Noelia se había ido calmando con el paso de las horas. Todavía hablaba mucho pero alternaba con largos silencios cuando perdía el hilo de lo que estaba diciendo.

–Todos hemos sido jóvenes alguna vez. Hasta Gerardo. Estoy segura de que va a estar ahí, Silvi, querida. Tu hija es buenísima chica.

-Si no la conocés, chiqui.

-Pero me imagino.

Silvia se ríe mientras abre la canilla de la ducha por cuarta vez en el día. O primera, si vamos a los tecnicismos, porque es de madrugada. Espera a que salga el agua caliente y se acuerda de que lo último que le dijo Gerardo fue “nos queda pendiente el picnic”. Se imagina una escena en la que ellos, vestidos con la ropa que usaban veinte años atrás, brindan con champán sentados sobre un mantel a cuadritos rojos y blancos. Se mete debajo de la ducha y en ese campo verde y prolijo se encienden los aspersores. Tienen que salir corriendo y dejar atrás la canasta con comida. Por suerte pasa Noli en un carrito de golf y los rescata de los guardaparques, pero ella maneja siempre en reversa y se estrellan contra un árbol. Después el carrito se transforma en una silla, y Noli le pide permiso para jugar a las carreras con Eugenia. Gerardo le dice que les de permiso: “Todos hemos sido jóvenes, hasta vos”.

Eugenia mira dormir a su mamá. No termina de discernir si es un sueño copado o una pesadilla.

Nathalie HC



@piracalamina



alcanfor.rosado@gmail.com

Ernestino



@ernestino_

Lucía Ramos Soto



@ramosescribe_

Alrededor de la piscina de Nathalie HC está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-CompartirIgual 4.0 Internacional.

¡Por favor reuse y comparte a gusto!



El acabóse de Ernestino está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

¡Por favor, comparte!



 **isla.uy**

 **@isla.uy**

